



El soplo divino impulsa la historia de salvación hacia su plenitud en Jesucristo

José LEÓN LEÓN*

Resumen: En la historia de salvación el Verbo y el Espíritu Santo realizan la misma obra de forma conjunta e inseparable, pero aportan cada uno su peculiaridad y riqueza personal. El servicio específico del Soplo divino es impulsar todo hacia su perfeccionamiento y recapitulación en Jesucristo. Según Yves Congar, el Espíritu Santo es el Consumador, el Don de la consumación que acaba la obra que de una vez para siempre realizó Cristo con su entrega hasta la muerte y la conduce hacia su cumplimiento pleno que se dará en la parusía. En la historia de salvación no hay sectores libres en los que sólo actúe o la Palabra o el Soplo divino, podemos distinguir su personal aportación pero su sinergismo es total y libre de toda oposición.

Claves: *Historia de salvación, pneumatología.*

Summary: In the History of Salvation, The Verb and the Holy Spirit carry out the same work as a whole and in an inseparable way. But each one of them contributes with a personal peculiarity and richness. The specific service of the divine Blow is to drive everything towards its perfection and recapitulation in Jesus Christ. According to Yves Congar, the Holy Spirit is the Consummator, the Gift of consummation, who finishes the work that, once and for all, Christ fulfilled with his self-giving up to death and drives it towards its full completion that will take place in the Parousia. In the History of Salvation there are no free sectors in which only the Word or the Divine Blow may act. We may distinguish the personal contribution from each one, but their synergism is complete and free from any opposition.

Keys: *History of Salvation, Pneumatology.*

1. HISTORIA DE SALVACIÓN

Los conceptos de «historia» y de «salvación» parecen excluirse mutuamente. Lo histórico es por definición algo accidental, perecedero, derogable y mundano; la salvación parece algo esen-

* Profesor de Introducción a la Historia de la Salvación en el Instituto Teológico San Fulgencio de Murcia.

cial, eterno, definitivo y divino. Si aceptamos este planteamiento, las verdades *históricas* no podrán ser nunca verdades *salvíficas*. Si únicamente hay salvación cuando se alcanza la culminación de una realidad, donde todo lo contingente desaparece, cuando lo imperfecto se supera, donde lo accidental y lo temporal es considerado como intrascendente, entonces la salvación sólo puede darse como fin de la historia o fuera de ella. Un hecho histórico puede tener alcance salvífico exclusivamente cuando se refiere al Absoluto que entra en el tiempo. Esta pregunta por la posibilidad de la existencia de una historia de la salvación y de la revelación es una de las más difíciles y fundamentales del cristianismo¹.

El cristianismo tiene la pretensión de ser salvación y revelación para cada hombre; afirma ser la religión con validez absoluta. Declara que es salvación y revelación no sólo para un grupo de hombres o para un período de la historia, sino para todos los hombres hasta el final de la historia. Sin embargo, simultáneamente se considera una religión histórica y parece que lo histórico por definición está delimitado y sólo puede ser válido si lo circunscribimos a un marco espacio-temporal determinado. ¿Se puede conciliar esta pretensión de validez absoluta con la historicidad del cristianismo? Formulado de otra manera, ¿puede existir una historia de la salvación y de la revelación que presupone que el Dios eterno asume una posición espacial y temporal determinada en el curso de la historia?²

El hombre es el destinatario, el *evento* de la libre, indebida e indulgente autocomunicación de Dios que quiere ofrecerle una relación de amistad³. Para abordar esta problemática de la historia de la salvación y de la revelación partimos de una afirmación antropológica: el hombre como sujeto y persona es un ser histórico capaz de la trascendencia (*capax Dei*). Dios ha hablado de muchas maneras, se ha revelado de modos muy diversos en la historia (cf *Hb* 1,1), tenemos así una serie de verdades parciales, limitadas y superables por otras posteriores. ¿Tenemos en la historia un acontecimiento en el que Dios se haya dado por entero, una palabra definitiva que contenga e ilumine de modo pleno el resto de sus manifestaciones? Los cristianos creemos que en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Dios se nos ha dado por entero sin reservarse nada, mediante sus palabras y obras nos ha mostrado cuál es el fin de toda la historia de la revelación.

Los cristianos somos testigos de que la salvación depende de un hecho histórico determinado, del tiempo favorable en el que acontece el misterio pascual de Jesucristo (cf *2Cor* 6,2), un acontecimiento histórico que tiene un alcance cósmico y eterno (cf *Rm* 8,19-21). Con la Encarnación del Hijo de Dios «el Eterno entra en el tiempo, el Todo se esconde en la parte y Dios asume el rostro del hombre»⁴. La verdad que Dios ha comunicado al hombre sobre sí mismo y sobre su vida se inserta en nuestro tiempo y en esta historia, pero no queda encerrada en el restringido ámbito de un territorio o de una cultura, sino que se abre a todo hombre que libremente la acoja como palabra definitivamente válida para dar sentido a su existencia concreta.

Juan Pablo en su Carta apostólica «*Tertio millennio adveniente*» realiza una importante afirmación que señala el valor del tiempo para el cristianismo:

1 Cf. K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*, Herder, Barcelona 1994³, 173-174.

2 Cf. RAHNER, *Curso*, 173.

3 Cf. RAHNER, *Curso*, 172.

4 JUAN PABLO II, *Carta Encíclica «Fides et ratio»*, 12.

En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la «plenitud de los tiempos» de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los «últimos tiempos» (cf Hb 1,2), la «última hora» (cf Jn 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la parusía⁵.

La Palabra encarnada (cf Jn 1,14) y definitiva ha sido pronunciada *de una vez para siempre* (cf Hb 8,27) en el misterio de Jesús de Nazaret⁶. Con la Encarnación del Verbo de Dios tiene lugar la «plenitud de los tiempos» (cf Gál 4,4). Jesús constituye el *ephápax* o lo que es de una vez para siempre y el *pléroma* o plenitud de los tiempos de la historia (cf Gál 4,4; Hb 1,1-2), de forma que el devenir de la misma cobra un sentido que brota desde su fin.

No tenemos una historia divina y otra humana, sino que existe una sola historia en la que el único Dios verdadero se manifiesta. Los acontecimientos se convierten en un espacio epifánico de los actos salvadores de Dios. Estamos inmersos en una historia de salvación⁷. Quien ha recibido el don de la fe aprende a percibir los signos de la acción de Dios y a buscar su voluntad en la historia.

Con Karl Rahner afirmamos que:

El cristianismo no es una serie de doctrinas sobre relaciones, hechos y realidades que permanecen siempre iguales, sino que es un anuncio de una historia de salvación, de una acción salvífica y reveladora de Dios al hombre y con el hombre; y a la vez (porque esta acción de Dios se dirige al hombre como sujeto de la libertad) es también el anuncio de una historia de la salvación y de la perdición, de la revelación y su interpretación, la cual es hecha también por el hombre mismo, de modo que esta historia una de la revelación y de la salvación, (llevada simultáneamente por la libertad de Dios y del hombre) constituye una unidad⁸.

Si el Misterio está en la historia, la historia es *santa*, no por haber sido sacralizada, sino por su densidad terrestre y por haber sido asumida *crísticamente*⁹. Es la misma y única historia en la que no podemos distinguir dos planos estáticos diferenciados (profano o sagrado), de este modo, los acontecimientos forman parte de la economía de salvación que sufre violencia y está en lucha contra los poderes del mal. El fundamento y el contenido, el principio y el fin de la historia del hombre radica en la autocomunicación divinizante y gratuita de Dios que *acontece* en la historia.

En esta etapa de la única historia de salvación en la que estamos inmersos la Iglesia es depositaria de esta verdad salvífica que tiene su plenitud en Jesucristo y la debe proclamar hasta los

5 JUAN PABLO II, *Carta apostólica «Tertio millennio adveniente»*, 10.

6 Cf. JUAN PABLO II, *«Fides et ratio»*, 11.

7 Cf. J.S. CROATTO, *Historia de salvación. La experiencia religiosa del pueblo de Dios*, Estella (Navarra) 2000², 22.

8 *Curso*, 172.

9 Cf. E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana. Tomo III: Siglos XVIII, XIX y XX*, Herder, Barcelona 1992, 976.

confines del mundo (cf *Mt* 28,16-20). El Espíritu de la verdad es el encargado de iluminar al Pueblo de Dios para que pueda entender la verdad completa y glorificar a su Señor (*Jn* 16,13-15). «Dios solo es la verdad absoluta. Dios solo es infalible de por sí. Él nos comunica su verdad a través de su Hijo y de su Aliento. Los dos actúan conjuntamente. [...] Lo que Dios nos comunica es para la Iglesia fuente de vida en la verdad»¹⁰.

La economía de salvación mantiene en esta fase un carácter *kenótico*¹¹. El Hijo que nos trae la salvación *se despojó de su grandeza y tomó la condición de esclavo* (cf *Flp* 2, 6-11) para que los hombres podamos comprender su evangelio, nos revela la verdad completa pero sin todo su esplendor para que el hombre peregrino y herido por el pecado pueda acogerla. La salvación ya se ha iniciado de modo definitivo con Jesucristo, pero no podemos obviar que en el Nuevo Testamento muchos pasajes nos presentan la salvación en el futuro (cf *Mc* 4, 26-32; 8,38; *Lc* 12, 8-9; *ITes* 2,19; 3,13; 4,15; *2Tes* 2,1.8; *2P* 3,4.12) y Jesús *todavía no* ha venido en la plenitud de su gloria (cf *1Cor* 15,20-28; *Mt* 25, 31). El misterio de Dios no se agota en la economía de la salvación, sino que sigue desbordando sobreabundantemente al hombre, y además, la plena manifestación de Dios tendrá lugar en la consumación escatológica. La venida de Cristo en la *parusía* «concluye y consuma la historia en cuanto *historia de salvación*»¹².

2. JESUCRISTO CENTRO Y PLENITUD DE TODO TIEMPO

La Revelación es un proceso único y peculiar que en Jesucristo descubre su punto culminante y el fin de todo el acontecimiento. Las etapas anteriores de la economía de la salvación deben ser concebidas precisamente como etapas preparatorias de *una única historia* que en Jesucristo llega a su fin y a su cumplimiento.

Jesucristo es el esplendor de la gloria del Padre, imagen de su esencia; Él que lo sustenta todo con su poderosa palabra (Cf. *Hb* 1,3). «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y eternamente» (*Hb* 13,8), «el primero y el último; el que vive» (*Ap* 1,17), «el Alfa y la Omega, el principio y el fin» (*Ap* 21, 6). Sólo en Jesucristo se ve lo que es la verdad, la luz, la vida, la bienaventuranza... aquello hacia lo que los hombres tienden aun sin saberlo (cf *Jn* 8,12; 14,6s.).

La encarnación del Verbo de Dios que viene a redimirnos es la recapitulación y culminación sobreabundante de la historia, la plenitud del tiempo. Cuando la Palabra planta su tienda entre nosotros, como luz verdadera que ilumina a todo hombre (cf *Jn* 1, 9-14), el mundo alcanza su ser total y su salvación¹³. Jesucristo es el mediador y el redentor universal, el sumo y eterno sacerdote que ofrece el sacrificio único y definitivo (cf *Hb* 6,20; 9,11; 10,12-14). El Espíritu Santo actúa en esta única economía salvífica preparando todo para que esa Palabra sea acogida y dé frutos de vida. No sólo prepara sino que impulsa todo hacia su plenitud en Cristo¹⁴, no existe una economía del Espíritu que supere la del Verbo encarnado, como afirmaba en el siglo XIII Joaquín De Fiore. La *historia salutis* es progresiva y tiene su único centro en Jesucristo, el Ver-

10 Y. CONGAR, «¿Quién tiene la palabra en la Iglesia?», *Concilium* 168 (1981) 259-260.

11 Cf. L.F. LADARÍA, *La Trinidad, misterio de comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002, 49-52.

12 J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión. Escatología cristiana*, Sal Terrae, Santander 1986³, 156.

13 Cf. W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, Verdad e imagen 45, Sígueme, Salamanca 1998⁹, 239.

14 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Dominus Iesus. Declaración sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, 11-12.

bo de Dios encarnado, el Espíritu actúa siempre para que todo llegue a su consumación en Cristo y que el Señor sea glorificado por todos.

Cristo, la Palabra hecha carne, *es el mediador y la plenitud de toda la Revelación* (cf DV 2; 4). Jesucristo es la Palabra poderosa y definitiva que Dios dirige a la humanidad (cf Hb 1,1-4), válida de modo universal para todos los hombres, de todas las regiones y de todos los tiempos; es la revelación definitiva, de modo que no puede haber otra que supere esta Palabra que desvela el sentido de la economía de salvación. Sin embargo, no debemos confundir el concepto *plenitud* con *acabamiento*, la historia sigue discurriendo y la revelación se despliega con la asistencia del Espíritu Santo hasta que todo sea consumado en Cristo. «Es plenitud cualitativa; de intensidad singular, pero que no «agota» el misterio. Y, aunque no ha sido superada y es insuperable, sigue siendo limitada. Sigue estando también incompleta y lo estará hasta la consumación de la revelación en el *éschaton*»¹⁵. La historia es el desarrollo de lo que Cristo ha donado, el Sople divino es el Exegeta de la Palabra encarnada, no el principio de algo nuevo.

Jesucristo es la plenitud de la revelación porque en él Dios nos ha dado todo: nos ha dado el conocimiento de su paternidad, el misterio de la redención, la nueva ley de la caridad... No es la palabra de Jesús lo que culmina la revelación, sino el acontecimiento completo: palabra y aventura [...] Cristo es plenitud de la revelación porque a través de su vida (palabra y acción, vida y muerte, cruz y resurrección) conocemos de forma máxima el amor que Dios nos tiene, el amor que Dios es¹⁶.

Dios Padre, porque Él quiso, con su amor misericordioso y su deseo de salvar a los hombres es la fuente originaria de todo el proceso salvífico (cf Ef 1,9-10); pero junto a Él siempre están el Hijo y el Espíritu que han sido enviados al mundo (*misiones*). Tenemos dos Enviados pero la misma obra¹⁷.

Jesucristo es el centro de la historia de la salvación y la luz que ilumina desde la creación a la parusía, Jesucristo es el *ephapax* (cf Hb 7,27; 911-14), lo que es permanentemente válido (cf Rm 6,10), el Sí de Dios a los hombres, el testigo fidedigno (cf Ap 1,5), el Don definitivo y radical realizado en un tiempo y en un espacio concretos, *Dios entregado* en manos de los hombres. Jesucristo ha introducido lo definitivo en el tiempo y ha posibilitado que podamos gozar de la vida que Él conquistó a precio de sangre. En la eternidad el Señor glorificado sigue intercediendo por nosotros ante el Padre, es el Cordero degollado que abre el libro de la vida. La entera Historia de Salvación es cristocéntrica y toda gracia es *crística*.

En cambio, el Espíritu Santo es *Dios entregándose, regalándose, donándose* en todo momento histórico y en la actualidad, en todo espacio y en nuestra vida personal, *Persona-Don* que necesita ser acogida en cada instante. Es el *Sople divino* que nos empuja, envuelve y abraza, la *Energía Personal Donada* de la que el hombre depende en cada momento para poder lograr su vida y, especialmente, para ser fiel su a misión de seguidor de Jesucristo y tributar una alabanza vital al Padre. Así el Espíritu Santo es un Don estable y un Don propio de los tiempos

15 J. DUPUIS, *El cristianismo y las religiones. Del desencuentro al diálogo*, Sal Terrae, Santander 2002, 189.

16 A. NOVO, *Jesucristo, plenitud de la revelación*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2003, 245.

17 Cf. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1991², 66-67.

mesiánicos: un Don mesiánico. Por todo ello, el Divino Sople tiene la misión específica de impulsar hacia su consumación plena en Cristo la historia de la salvación.

En el designio eterno de Dios, desde el principio, aparece el Verbo como *incarnandum*, en Él somos predestinados (*Ef* 1,4) y se contempla el mundo salvado en Él¹⁸. San Juan Damasceno, la escolástica y Santo Tomás habían hablado de la humanidad de Cristo como instrumento conjunto (órgano) y animado¹⁹. «La humanidad de Cristo ha sido un *órgano* de su divinidad para dar el Espíritu Santo»²⁰.

El dominio de Dios en la historia avanza hacia un tiempo final en el que la *primacía* divina será plena y definitiva. La *escatología* bíblica nos muestra este fin último del tiempo conseguido por la sangre derramada del Cordero (*Ap* 7, 9-17) que abre el séptimo sello del libro de la historia de salvación para mostrar su sentido final (*Ap* 5, 1-14; 8,1ss.): el cielo nuevo y la tierra nueva en la que Dios habita de un modo definitivo con su pueblo, hace nuevas todas las cosas y estará con ellos enjugando sus lágrimas, sin muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor y saciará gratis nuestra sed (cf *Ap* 21, 1-8).

El cosmos evoluciona y en él acontecen una serie de liberaciones o salvaciones parciales que conducen a una salvación irreversible que las contenga todas, les desvele su valor en el proceso y las supere conduciéndolas a su plenitud en Cristo. El reinado de Dios, que comienza siendo pequeño como un grano de mostaza, está llamado a crecer hasta posibilitar que todas las aves del cielo puedan anidar en sus ramas (cf *Mt* 13, 31-33); así también, las formas temporales y limitadas de la realeza divina sobre el mundo y sobre los hombres tienden hacia una presencia divina total, *cuando Dios lo sea todo en todos* (*1Cor* 15,28)²¹. Ya desde el Antiguo Testamento vemos como la historia ha sido impulsada hacia el *día del Señor* (cf *Am* 5,18; *Is* 2,6-22) y hacia una solución final de la historia presente (cf *Ez* 38-39).

Con el nacimiento de Jesús se hace necesaria la distinción entre tiempo presente, que es ya de salvación iniciada y de *reinado de Dios* en acto (cf *Mc* 1,14s), y fin del mismo (cf *Mt* 13,7; *1Cor* 15,24).

Ese *día del Señor* final de la historia humana no será otro que el *día de Jesucristo* (*Filp* 1,6.10), cuando Él vuelva glorioso, después de haber padecido mucho y haber sido rechazado por los hombres (cf *Lc* 17,20-33). Por eso hay que vivir esperándolo, bien dispuestos y vigilantes (cf *Mt* 24,32-25,30; *1Tm* 6,13-16).

Adolf Darlap resalta que:

18 Cf. Y. CONGAR, *Jésus-Christ. Notre Médiateur, notre Seigneur*, Du Cerf, París 1995, 184.

19 Cf. CONGAR, *Jésus-Christ*, 184-185.

20 Cf. *Sum. Theol.* I-II, q.112, a.1 ad 1 y 2; III, q.8, a.1 ad.1 Citado por Congar en «Pour une christologie pneumatologique. Note bibliographique», *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* (en adelante *RSPT*), 63; (1979) 440. El padre Congar recuerda que tanto los Padres como los escolásticos utilizaban diversas imágenes de la Escritura para expresar esta comunicación del Espíritu por Cristo. Así utilizaban la imagen de aceite que puesto sobre la cabeza de Aaron descendiendo sobre todo su cuerpo (tomada del salmo 133,2). Jesucristo, inseparablemente Dios y hombre, es la cabeza, la unción es el Espíritu. La cabeza permanece unida al cuerpo eclesial y la unción desde ella se comunica a todo el cuerpo. Así se ve que «el tratado *De gratia Capitis* de los escolásticos no permanecería encerrado en una teología de la gracia creada, estaría abierto a una intervención del Espíritu. El mismo e idéntico Espíritu que ha sido donado a Cristo, que lo habita y lo anima, habita y anima a los fieles, sus miembros».

21 Cf. A. MARANGÓN, «Tiempo», en P. ROSANO-G. RAVASI-A. GIRLANDA, *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Madrid 2001, 1858.

La historia de la salvación en sentido pleno sólo puede conocerse en Jesucristo, que es su fin. Dado que este fin es la verdadera causa final de la historia de la salvación, todas las fases anteriores de la misma deben ser entendidas como comienzo, como indicación preliminar, como preparación para la auténtica y plena historia de la salvación, que se ha cumplido en Jesucristo²².

3. LA PALABRA Y EL SOPLO SIEMPRE ACTÚAN CONJUNTAMENTE EN LA HISTORIA DE SALVACIÓN

La única puerta de la salvación es el Hijo (cf *Jn* 10,7.9) pero la llave de la puerta es el Espíritu²³. De la misma manera que los hombres para pronunciar una palabra que desea comunicar algo necesitamos que el aire que sale de los pulmones circule, así la Palabra para ser pronunciada en la historia precisa de la acción del Soplo divino. El Aliento-*Ruah* sin Palabra no comunica nada, pero la Palabra sin Soplo no puede ser pronunciada. El Espíritu no habla de sí mismo, sino que dice solamente lo que ha oído (cf *Jn* 16,13), hace recordar a la Iglesia lo que Cristo ha dicho (cf *Jn* 16,15).

En toda acción *ad extra* de la Trinidad el Hijo y el Espíritu trabajan conjuntamente, en consecuencia no podemos hablar de una historia de salvación, en ninguna de sus fases, en la que olvidemos este principio básico. Además, para que la comunicación se logre es preciso que exista una interlocutor *capaz* de comprender y recibir el mensaje, es el Espíritu Santo con su gracia quien obra en el corazón del hombre para que acoja la Revelación con fe²⁴.

Ni cristología sin pneumatología, ni pneumatología sin cristología, ésta es la convicción fundamental a la que llega el padre Congar y que puede resumir sus estudios sobre el Espíritu Santo²⁵. Este artículo aplica esta tesis de la cristología y pneumatología congariana al campo de la historia de salvación. En la historia de salvación la Palabra y el Soplo siempre actúan conjuntamente. En la economía salvífica encontramos acciones personales propias del Hijo y propias del Espíritu Santo, no meras *apropiaciones*, pero no son independientes sino realizadas en una *koinonía perikorética* plena, con la colaboración simultánea de los dos Enviados.

El reto al hablar de cristología y de pneumatología estriba en mantener el principio de la acción unitaria de Trinidad en sus acciones *ad extra*, y al tiempo, sostener que esta acción única es diferenciada y llena de una riqueza de comunicación interpersonal. Un solo Dios, una única y común naturaleza, una sola y misma operación²⁶, un solo principio²⁷, uno en esencia y trino en Personas²⁸, pero sabiendo que la personalidad o peculiaridad de cada una de las tres divinas Personas se manifiesta en su obrar²⁹, aunque no se puede considerar que obran de modo inde-

22 «Fundamentos de la teología como historia de la salvación» en J. FEINER-M. LÖHRER, «Introducción» en AA.VV., *Mysterium salutis*, I, Cristiandad, Madrid 1969, 136.

23 SAN SIMEÓN, EL NUEVO TEÓLOGO, *Catequesis XXXIII*, *SChr* 113,255s. Citado por Y. CONGAR, *La Parole et le Souffle*, París 1984, 56.

24 Cf. Concilio de Orange (529), *Denzinger-Hünemann (DH)*, 375.

25 CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 13.

26 Cf. 2º Concilio de Constantinopla (553), *DH* 421.

27 Cf. Concilio de Florencia (1442), *DH* 1330.

28 Cf. Concilio de Florencia (1442), *DH* 1331.

29 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica (CIC)*, 258.

pendiente. «Toda la economía divina, obra a la vez común y personal, da a conocer la propiedad de las Personas divinas y su naturaleza única. Así, toda la vida cristiana es comunión con cada una de las personas divinas, sin separarlas de ningún modo. Él que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae y el Espíritu lo mueve»³⁰.

El cardenal Congar que ha estudiado con detenimiento los datos que sobre la relación del Verbo encarnado y el Espíritu nos ofrecen el Nuevo Testamento, la Tradición y la historia de la teología, afirma que:

Una consideración de la pura estructura ontológica del Verbo encarnado no puede dar todo su valor a los textos que hemos leído. Una cristología *histórica* reconoce dos momentos y dos condiciones en la calidad de Hijo de Dios. Él ha existido «in forma servi», en la carne. Allí, él ha recibido el Espíritu, ha sido santificado y ha actuado por él. En particular en su lucha contra el demonio. Después de su resurrección ha sido constituido, por el Espíritu Santo, Hijo de Dios con poder; está «sentado a la derecha de Dios», él lo asimila en su misma humanidad y desde entonces, desde el cielo, dona el Espíritu: releer *Hch* 2,33. La humanidad de Jesús unida después del principio a la persona del Verbo, ha sido llevada a la condición de una humanidad de Hijo de Dios. Habiendo recibido esta condición de gloria (*Jn* 17,5), Jesús enviará el Paráclito junto con el Padre (*Jn* 15,26). [...]

Para nosotros como para Jesús, esta cualidad de hijos es, en sus dos etapas, obra del Espíritu. Él que, en la vida intradivina, es Tercero (en la igualdad de la consustancialidad), es, en la economía, el agente propio de la filiación como efecto de la gracia y realidad de su vida santa. Toda nuestra vida filial está animada por el Espíritu: *Rm* 8,14-17; *Gál* 4,6.

Tratándose de Jesús, evitaremos todo adopcionismo. Afirmamos que es ontológicamente Hijo de Dios por la unión hipostática, desde su concepción, y que, desde entonces también, el es el Templo del Espíritu, santificado por él en su humanidad. Pero, queriendo respetar los momentos o etapas sucesivas de la historia de salvación, y dando un realismo a los textos del Nuevo Testamento, proponemos, el bautismo primero y la Resurrección-exaltación después, como dos momentos de *actualización* nueva de la *virtus* (de la eficiencia) del Espíritu en Jesús, en tanto que es constituido (no solamente declarado) por Dios Mesías-Salvador, y por ello Señor³¹.

Este movimiento conjunto, siempre simultáneo y diferenciado en la economía de salvación de la Palabra y del Soplo tiene un centro: el punto en el que empezó el dinamismo desde Dios para los hombres es el costado abierto de Jesús crucificado del que mana el agua del Espíritu. La liturgia lo refleja bien, no existe un ciclo propio dedicado al Espíritu sino que Pentecostés no es más que el 50º día de la fiesta única, la Pascua. Existe un vínculo esencial entre Pentecostés y la Pascua. Pentecostés no es más que Pascua tomada de manera completa, con su fruto, que es el Espíritu. Jesucristo es quien nos ha ganado el don del Espíritu Santo, por su muerte y resurrección.

30 *CIC*, 259.

31 CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 149-151.

ción. Pentecostés es fruto de la Pascua³². «Los Padres y la liturgia no cesan de decir que Dios obra todo por su Verbo en el Espíritu Santo»³³.

Algunas imágenes de la tradición nos ayudaran a profundizar en esta acción de la Trinidad en la historia de la salvación: el Padre es como el brazo (fuerza que origina el movimiento), el Hijo como la mano, el Espíritu Santo como los dedos, que modelan en nosotros la imagen de Dios; otro icono: el Padre es como la raíz, el Hijo el tallo o la viña, el Espíritu Santo es como el fruto, es el fin del movimiento del don, el producto sabroso del cual gozamos. Estas imágenes expresan bien la continuidad del movimiento del don y armonía consustancial de las Personas divinas en su acción *ad extra*, sin embargo, no reflejan suficientemente el carácter peculiar de Personas verdaderas que tienen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El Padre crea por amor. Y ciertamente, desde entonces el Verbo y el Espíritu obran en Él: no pueden separarse. Pero cuando se trata de aportar a los hombres una nueva revelación y una salvación, es enviado el Hijo, y por tanto, personalmente comprometido. Después, cuando se trata de apropiarse y de interiorizar en los hombres la revelación y la salvación (o la gracia) del Hijo, es enviado el Espíritu Santo y, por tanto, comprometido personalmente en la obra de Dios, de la cual es consumación. Tanto el Verbo como el Espíritu son Personas y su misión es nueva y propia³⁴. «Desde el principio hasta el fin, la obra del Espíritu Santo consiste en efectuar, actualizar e interiorizar en nosotros, a través del tiempo, lo que Cristo hizo e instituyó *por nosotros* una sola vez, al momento de su Encarnación»³⁵.

4. FUNCIÓN ESPECÍFICA DEL SANTO ESPÍRITU: LLEVAR A CUMPLIMIENTO LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN

Teniendo en cuenta la íntima interconexión existente entre la cristología y la pneumatología: ¿podemos hablar de una función específica del Espíritu Santo?

El padre Congar reconoce que la teología latina ha privilegiado más el aspecto cristológico, no es puramente cristológica como afirman los ortodoxos, aunque si se ha dado el problema de no valorar de manera suficiente la Misión del Espíritu Santo como propia y original. Nuestro autor afronta esta laguna y profundiza en el rol propio del Defensor: «El rol propio del Santo Espíritu consiste principalmente en actualizar dinámicamente, y en interiorizar en las personas, a través del tiempo y el espacio, lo que Cristo ha hecho una vez por todas»³⁶.

32 Cf. Y. CONGAR, *Pentecostés*, Estela, Barcelona 1961, 18-21.

33 CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 203.

34 CONGAR, *Pentecostés*, 30-34.

35 CONGAR, *Pentecostés*, 36.

36 Continúa diciendo CONGAR: «Cristo ha salvado a los hombres, ha revelado al Padre, ha instituido los sacramentos, etc. El Santo Espíritu actualiza, realiza, interioriza todo esto. Sobre esta base incontestablemente bíblica, una tendencia puede desarrollarse a ver en el Espíritu Santo simplemente un emisario o un «vicario» de Cristo. Sin caer en estos excesos, es cierto que la teología latina ha privilegiado el desarrollo del aspecto cristológico. Es a Cristo, por ejemplo, a quien Santo Tomás enlaza la gracia y los sacramentos. ¿La teología latina merece entretanto tal reproche que le dirigen los ortodoxos, cuando ellos dicen que es puramente cristológica? Nosotros no lo creemos, pero debemos reconocer la existencia de un problema: nuestra teología no ve bastante que la Misión del Santo Espíritu es propia y original. Ella se atiene bastante estrictamente a una teología de las «apropiaciones» trinitarias. Se ha recordado señaladamente que el *Filioque* vuelve el Espíritu Santo más estrictamente dependiente del Verbo, y por ello también sedimenta aún más su acción en las determinaciones, en las formas instituidas». «La pneumatologie dans la théologie catholique», *RSPT* 2 (1967) 250-251.

El Espíritu existe *en su condición de ligado a la venida y obra de Jesús en la carne*, sólo puede ser plenamente donado cuando Cristo entre en su condición de *Kyrios*, cuando domine sobre todas las cosas (*Jn 7,39; 16,7*)³⁷. Hablamos de «otro» Paráclito (cf *Jn 14,16*) enviado por el Padre (cf *Jn 15,16.26*) y por el Hijo (*Jn 15,26*), de una Persona distinta de Cristo y que debe ser enviado a una misión original, irreducible a aquella del Verbo encarnado, aunque en relación íntima con ella. Se da una homogeneidad de finalidad y contenido en la obra, pero una diversidad de Agentes con una función propia y unas etapas en las que el protagonismo es diverso.

La obra del Espíritu es la misma obra de Cristo. Jesús ha puesto una realidad objetiva de una vez por todas y el Espíritu actúa para hacerla madurar y crecer, para hacer llegar al cosmos del alfa a la omega, para interiorizarla en cada hombre y universalizarla. El Espíritu se revela así como el *Consumador* que culmina la obra de Cristo en la Iglesia, en cada creyente y en la misión, logrando así que todo se vaya recapitulando en Jesucristo y por Él retorne al Padre, Fuente originaria de toda bendición.

Tanto en la vida de la Iglesia como en la del creyente el Espíritu aparece como el *agente de todo lo que se hace de sobrenatural*, es íntimo a la criatura hasta el punto que su acción es indiscernible de la acción de esta criatura³⁸. Pentecostés es la continuación de la Pascua y de Navidad, enlazada estrechamente con esos acontecimientos. El Espíritu Santo únicamente interpreta y hace penetrar en plenitud el misterio de Jesús en la historia³⁹. Según el padre Congar, esto también tiene su reflejo en el ámbito celebrativo de la Iglesia: la relación que se establece en el proceso de iniciación cristiana entre el bautismo y la confirmación es la expresión litúrgica de la dualidad de misión y de agentes, Verbo-Hijo y Espíritu Santo, asociados para la misma obra⁴⁰, que en relación a nosotros es una acción en dos tiempos, el primero apropiado al Verbo encarnado, el segundo al Espíritu Santo. «Por el primero es puesta o realizada la forma de la salvación; por el segundo se infunde la vida, la forma recibe su movimiento y su fruto viviente»⁴¹.

5. EL ESPÍRITU ES CONSUMACIÓN, DON DE LA CONSUMACIÓN

El Espíritu carece de rostro, a igual que el viento no se deja atrapar, pero conocemos sus efectos. Es Aquél que *ha sido dado* para producir el cuerpo universal del Hijo único hecho hombre, la comunidad de los hijos de Dios. *Es el Don por excelencia*⁴². Tanto la Escritura⁴³ como los Padres le atribuyen el nombre de «Don»⁴⁴. El Espíritu es el prometido por el

37 Cf. Y. CONGAR, «Le Saint-Ésprit et le Corps apostolique, réalisateurs e l'œuvre du Christ» en *Esquisses du Mystère de l'Église*, París 1953, 132-133.

38 Cf. CONGAR, «Le Saint-Ésprit», 175.

39 Cf. CONGAR, *Pentecostés*, 40.

40 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 655-656.

41 CONGAR, *Pentecostés*, 34.

42 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 578.

43 *Jn 4,10; Hch 2,38; 8,20; 10,45; 11,17; 2Cor 9,15; Ef 3,7; 4,7; Hb 6,4.*

44 El padre CONGAR dice que la patristica griega utiliza la categoría de Don de modo ocasional, el Espíritu ha sido enviado y dado por el Padre, pero, en cambio, la latina la utiliza como una categoría básica a partir de san Agustín que fue el principal impulsor del tema del Espíritu como Don apoyándose en Hilario de Poitiers que decía: «Él (Cristo) ordenó bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, confesando el Autor, el Hijo único y el Don (*Doni*). Uno sólo es el autor de todo. Porque no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien vienen todas las cosas, y un solo Hijo único, nuestro señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y un solo Espíritu, el Don, en todas las cosas.

Padre⁴⁵ y Aquél que inaugura los tiempos escatológicos al ser donado a consecuencia de la exaltación de Jesús (Hch 2,33). Todo el cosmos lo anhela (cf Rm 8,12-17.26-30), todo está en tensión para alcanzar su plenitud, y el Espíritu es el encargado de acabar y culminar la obra. «El Espíritu consume, aporta la perfección en la cual un ser podrá descansar»⁴⁶. «El Espíritu será, lo es en arras, el agente de esta consumación de la creación en Dios, mediante una nueva creación cuyas primicias son la resurrección-glorificación de Jesucristo, «eskah-tos Adam» (cf *1 Cor* 15,20-28.42-50). Por consiguiente, el Espíritu es el Don por excelencia»⁴⁷.

El nombre relacional de «Don» que Congar concede al Espíritu, apoyándose en las indicaciones de la Sagrada Escritura y, sobre todo a partir de san Agustín y la tradición latina, tiene el mérito de recopilar en sí tres elementos: la necesidad de señalar un origen del Don (Don de), evoca la gratuidad y la libertad del amor sin la cuales el don desaparece (el Don en sí: Persona y Amor) y nos facilita comprender su servicio específico (Don para). De este modo, el Espíritu es en Dios la Generosidad, siendo el Amor que procede del Padre y del Hijo, que «supera el cara a cara del Padre y del Hijo de Dios y de su imagen, para abrir la comunicación, al Don, a la Gracia... El Don sólo será efectivo cuando existan las criaturas, pero esto, que se llama la «economía» (la historia de la salvación), no es más que el término, fuera de Dios, de lo que existe en Dios»⁴⁸.

El Espíritu es un don personal, aún más, el Don hecho Persona. El Soplo divino es la *mejor de las cosas buenas* o el mejor de los dones que el Padre celestial nos podía dar⁴⁹. Decía san Agustín que Dios no nos da cosas, sino que se nos da Él mismo, se nos entrega *hipostasiado* como don en el Espíritu Santo⁵⁰.

En su obra *El Espíritu Santo*, el padre Congar realiza una *meditación teológica sobre la Tercera Persona*, su objetivo es *contemplar y expresar* su propia concepción *del Espíritu, Don absoluto*. En este contexto resalta los siguientes elementos⁵¹:

1. Partiendo de los Padres griegos, que repiten incesantemente la fórmula «del Padre por el Hijo en el Espíritu», vemos que el Espíritu es Aquel en quien termina este proceso. El Espíritu es Aquel por quien se *consume* la comunicación de Dios, por lo que se le atribuyen económicamente la santificación y el perfeccionamiento de la creación. También en el plano inmanente, *en la Tri-unidad de Dios, él es la consumación, «telos, teleosis»*.

De esta manera todos están ordenados según sus virtudes y sus méritos: un solo poder de donde vienen todas las cosas, un solo Hijo por quien vienen todas las cosas, y un solo Don (*munus*) de la esperanza perfecta. Nada falta a una perfección tan consumada, en cuyo interior existe, en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la infinitud en lo eterno, la belleza en la imagen, la puesta en práctica y gozo en el Don (*usus in munere*)» SAN HILARIO, *De Trinitate*, II, 1 (PL 10,51). Cf. CONGAR, *Espíritu Santo*, 580-581.

45 Cf. Lc 24,49; Hch 1,4; 2,33.39; Gál 3,14; Ef 1,13.

46 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 578.

47 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 578.

48 Y. CONGAR, *Espirit de l'homme, Espirit de Dieu*, Éditions Du Cerf, París 1998, 80. Traducido al español: *Sobre el Espíritu Santo*, Verdad e Imagen 15, Sígueme, Salamanca 2003.

49 Cf. Lc 11,13 comparado con Mt 7,7. Allí san Lucas habla del Espíritu Santo, en lugar de «cosas buenas» como está en el texto de Mateo.

50 SAN AGUSTÍN, *Enchiridion*, 40 (PL 40,252). Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 582.

51 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 582-588.

El tema agustiniano del Espíritu como vínculo de amor del Padre y del Hijo encierra este mismo valor en la tradición latina. «El Padre y el Hijo reposan y sellan su comunicación en el Espíritu»⁵².

2. Esta Unidad-Trina goza de un orden, una *taxis*. En este orden el Espíritu es el Tercero y se revela como apertura a la comunión, Sopro e impulso que pone en movimiento, «éxtasis» que al tiempo es lo más íntimo de Dios (el término de la comunicación sustancial que parte del Padre) y lo más externo del Inefable (lazo de unidad en la interioridad de Dios y lazo entre Dios y la creación, una unidad de amor). El Espíritu constituye la posibilidad de que Dios pueda existir fuera de sí mismo, eventualidad que se ha realizado. Dios es Amor, Dios es gracia. Amor y gracia son *hipostasiados* en el Espíritu. Éste Don es gratuito y libre.
3. El Espíritu es Dios como fuera de sí mismo, es Dios en Nosotros, Dios en la criatura. El Sopro está presente por medio de su acción en la criatura y, animando y conduciendo la historia. Dándonosos Él mismo, sacia nuestro profundo deseo de ser hijos de Dios y completar en nosotros por su donación la imagen del Hijo. «La imagen de Dios se actualiza, se profundiza, en el ejercicio de la vida filial que el Espíritu anima en nosotros y por la que retornamos al Padre. Se trata de una divinización. Dios es Dios no sólo en sí mismo, sino también en nosotros»⁵³.

La explicación última que justifica la presentación del Espíritu como *Consumador* o *Don de la consumación* está en el ser mismo de la Trinidad: Dios es amor, es bondad⁵⁴. Cada Hipóstasis participa de ese Amor esencial de un modo propio, como decía Ricardo de san Víctor. Dios Padre al crear a los hombres *a su imagen*, a imagen del Hijo, los dota de la capacidad de conocer y amar libremente, y los llama a entrar en comunión con Él. La criatura tiene en su interior un movimiento o un deseo que es eco del propio deseo divino de *donarse*, como nos ha revelado el Espíritu. Este deseo divino de comunión y comunicación se hace presente en la historia de la salvación mediante las misiones del Verbo y del Espíritu que con sus efectos de gracia logran que el Dios Trino exista verdaderamente fuera de sí mismo⁵⁵. En este marco el Espíritu Santo puede ser presentado como el que es fecundo fuera de Dios, en la encarnación del Verbo y en la santificación de los hombres. «Principio como amor, realizador de nuestra vida de hijos de Dios como don, el Espíritu consumará esta cualidad en nosotros. El Espíritu es el principio realizador del «misterio cristiano», que es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre y que hace que los hombres nazcan como hijos de Dios»⁵⁶.

El Espíritu es el *Don absoluto* prometido en plenitud escatológicamente (*Hch* 2,16-21), pero ya poseído en arras durante esta vida (*Ef* 1,13-14). «El «donado» por Cristo que tiene aún que venir en la historia de una forma aún no realizada. La historia es el tiempo del Espíritu, no en el sentido de Joaquín de Fiore, sino como fruto de la Pascua posibilita un tiempo de Cristo reno-

52 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 583.

53 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 587.

54 Partiendo de esta clave bíblica (1Jn 4,9) convertida en punto de partida de muchas teologías trinitarias (Agustín, Buenaventura, Ricardo de san Víctor, Tomás,...) ha estructurado Congar su pneumatología.

55 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 588.

56 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 273-274.

vado y salvado»⁵⁷. Yves Congar en su texto de pneumatología más divulgativo explica el servicio de perfección o culminación del Espíritu del siguiente modo:

El Tercero en la unidad substancial, el Espíritu es el consumidor de la autorrevelación y autocomunicación de Dios a su criatura hecha a su imagen. En el Nuevo Testamento, es designado como «el Prometido» más allá de la venida y del don del Cristo / Hijo. Y es llamado por excelencia el Don. Es el Don último, el Don consumidor de los otros dones. San Ireneo escribe: «El Espíritu Santo, Don que por el Hijo el Padre concede a los hombres, perfecciona todo lo que el posee»⁵⁸.» Este perfeccionamiento, esta consumación, es llamada con diferentes nombres: devenir hijos de Dios, miembros de su familia, «divinización», nueva creación, vivir la vida eterna o «vida del mundo venidero». [...] En todo esto, Cristo / Hijo y el Espíritu trabajan juntos. Objeto de dos «misiones», hacen la misma obra. Pero el Cristo mismo obra porque, glorificado, es penetrado de Espíritu: cf *1Cor* 15,45; *2Cor* 3,17⁵⁹.

El Espíritu del Hijo encuentra su gloria cumpliendo en nosotros la obra *de Cristo*, y así, por Cristo, la del Padre. «La gloria de Dios es la Iglesia: es la humanidad unida a Jesucristo por la fe y el amor, convertida en su Cuerpo por el bautismo y la eucaristía, un solo cuerpo de obediencia filial y de ofrenda, viviendo santamente por su Espíritu, y cantando así la gloria al Padre *in unitate Spiritus Sancti*»⁶⁰.

6. EL SERVICIO «CONSUMADOR» DEL ESPÍRITU EN LA HISTORIA DE SALVACIÓN

El Sopro divino es el Agente-Don principal de la realización del Reino en esta historia, pero requiere y posibilita nuestra colaboración⁶¹. El Espíritu aparece así como «*Dieu-en-avant*, Dios que llama sin cesar hacia delante, Dios principio de renovación y de novedad, el Don escatológico que obra ya en la historia»⁶². El Espíritu conduce a la criatura hacia su perfeccionamiento en este mundo y posibilitará que pueda reposar y vivir sin tensión en la plenitud de los tiempos.

La patrística al explicar la unción del Espíritu que Jesús recibe en su bautismo, resalta que el Consumador desciende sobre Jesús en cuanto hombre para que pueda cumplir con su misión. Es necesaria la mediación de la humanidad de Cristo que permite que el Espíritu se «habitúe» a habitar en el género humano, de modo que pueda renovarnos internamente en la novedad de Cristo. Jesús es enriquecido en la economía con la plenitud de los dones del Espíritu, después de Cristo, no hay ningún don del Espíritu que no provenga de Verbo encarnado, por medio de su humanidad⁶³.

El Espíritu Santo está comprometido personalmente con la obra de Dios de la cual es consumación⁶⁴. «El Espíritu cumple radicalmente todo proceso de liberación, responde personal-

57 Cf. CONGAR, «Actualité d'une pneumatologie», *Proche Orient Chrétien* 2 (1973) 130-131.

58 SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, V, 9,1.

59 CONGAR, *Esprit de l'homme, Esprit de Dieu*, 75-76.

60 CONGAR, *Pentecostés*, 43.

61 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 274-277.

62 Cf. CONGAR, «Actualité d'une pneumatologie», 131.

63 Cf. LADARIA, *La Trinidad, misterio de comunión*, 174-189.

64 Cf. CONGAR, *Pentecostés*, 30.

mente de toda libertad humana que está en génesis de filiación divina y de fraternidad universal»⁶⁵.

Cristo es la cima, el culmen de toda la obra de la salvación, pero no es el término, está totalmente volcado *ad Patrem*⁶⁶. *El Espíritu nos lleva al Hijo, y éste al Padre*, decían nuestros autores más clásicos⁶⁷. Nuestra filiación se fundamenta en la Jesús, el Hijo único «como Dios y primogénito por la unión salvadora que ha constituido entre nosotros y Él, haciéndose hombre. Por ella, nosotros, en Él y por Él, somos hechos hijos de Dios, por naturaleza y por gracia. Lo somos por naturaleza en Él y sólo en Él; lo somos por participación y por gracia, por El, en el Espíritu»⁶⁸. Poseemos las primicias del Espíritu que son una garantía de nuestra herencia (*Ef* 1,13) y es el Espíritu el que consumará nuestra filiación, el que la llevará a término obrando la resurrección en nuestros cuerpos del mismo modo que resucitó a Jesucristo (*Rm* 1,4; *1Pe* 3,18)⁶⁹. Pero «somos hijos por el Espíritu Santo, por una comunicación del Espíritu del Hijo: *Gál* 4,6; *Rm* 8,14ss. Este Espíritu nos hace orar: «¡Abba! ¡Padre!»; Él es en nosotros como un agua que murmura «ven hacia el Padre». Gracias a Cristo, «unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu» (*Ef* 2,18)⁷⁰. Hijos de Dios que están llamados a adorar al Padre *en Espíritu y en verdad* (*Jn* 4,21.23), sabiendo que Él trenza en una alabanza doxológica todo lo que es para Dios en el mundo⁷¹.

Dios lo obra todo mediante su Verbo en el Espíritu Santo. Y el Sople —Don nos sitúa en una tensión escatológica, «Él es el último Prometido, el cumplimiento y la consumación de la obra de Dios»⁷². El Espíritu *es consumación, el Don de la consumación*⁷³.

En el orden de la economía se le atribuyen al Espíritu la santificación y el perfeccionamiento⁷⁴. El origen de la gracia que produce la divinización y santificación es trinitario según san Atanasio: «única es la gracia que viniendo del Padre por el Hijo se consume en el Espíritu Santo»⁷⁵. El Espíritu no sólo lleva a plenitud y santifica en la economía la obra de Cristo (la Iglesia que el fundó compuesta por los cristianos y con una misión), sino que también actúa en la vida de Jesús de Nazaret *actualizando* la Filiación eterna en diversos momentos (bautismo y resurrección-glorificación), lo acompaña durante toda su existencia, lo sostiene en su entrega... Es

65 R. PARENT, *L'Esprit saint et la liberté chrétienne*, Centurion, París 1976, 119. Citado por Congar en «Bulletin de théologie. Aperçus de pneumatologie», *RSPT* 62 (1978) 442.

66 Esta actitud está presente en multitud de textos bíblicos que hablan de cómo Jesús, el Hijo amado en el cual Dios se complace (*Mc* 1,11), sólo ha deseado realizar la voluntad del Padre en su vida terrena (*Hb* 10,5-7; *Jn* 4,34; 5,19.30; 6,38; 8,28-29; 12,49-50).

67 CONGAR recoge en este punto los textos de: SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA cuando hablaba del «Ven hacia el Padre» en *Ad Romanos*, VII,2; SAN ATANASIO, *Ad Serapionem*, I,25 (PG 26,529): el Hijo, por su encarnación «ennoblece en el Espíritu toda la creación, divinizándola, haciéndola hijo, y la conduce al Padre»; SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, V,36,2 (PG 7,1225); SANTO TOMÁS, *In Ioan.*, c. 14, lect. 6: «Sicut effectus missionis Filii fuit ducere ad Patrem, ita effectus missionis Spiritus Sancti est ducere ad Filium». Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 311 y 421-422.

68 Cf. SAN CIRILO, *De div. quaest.*, LXXXIII, q.69,10 (PL 40,79). Citado por CONGAR en *El Espíritu Santo*, 312.

69 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 313-314.

70 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 421.

71 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 427-431.

72 CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 204.

73 CONGAR, *Esprit de l'homme, Esprit de Dieu*, 75.

74 Cf. *El Espíritu Santo*, 583.

75 SAN ATANASIO, *Cartas a Serapión*, I, 4. Cf. *El Espíritu Santo*, 583.

decir, el Espíritu Santo consuma tanto la obra de Cristo como a Jesucristo mismo en la economía.

6.1. En relación con la Iglesia

La Iglesia es la continuación en la historia de la misión del Hijo amado de Padre ungido en el bautismo por el Espíritu Santo (cf *Lc* 3,21-22). Este mismo Espíritu llenó a los todos los discípulos reunidos en comunidad el día de Pentecostés, los movió anunciar el Evangelio y a construir el Cuerpo de Cristo (cf *Hch* 2,1-13). La Iglesia ha sido fundada por Jesucristo pero es animada constantemente por el Espíritu Santo. La Iglesia es comunión y el Fuego divino presente en cada uno de sus miembros es el Constructor principal de esta *koinonía*. «La unión y el condicionamiento mutuo de las dos manos de Dios son la ley constitutiva de la Iglesia y de toda la economía salvífica. Existen en efecto dos misiones y dos dones, aquel del Hijo-Verbo y el del Espíritu-Soplo pero una sola obra»⁷⁶.

Nuestro Señor Jesucristo ha fundado la Iglesia, no dándole una carta magna o constitución, sino en Él, dándole el ser y la vida, prometiendo la animación y la asistencia de su Espíritu, declarando que se mantendría en la verdad bajo su asistencia y la irá configurando con Él mismo que es el Camino, la Verdad y la Vida porque la hará vivir por su Espíritu⁷⁷.

El Espíritu Santo es el don que Cristo ha entregado a su Iglesia para dotarla de dinamismo y vida, para cuidarla y defenderla, para conducirla a la verdad completa y que pueda cumplir la tarea de salvación que le fue encomendada. Todo ha sido donado ya en Cristo, pero aún no ha alcanzado su plenitud. El Espíritu ha sido dado a la Iglesia como el alma motriz que la habita, pero no es un componente de la misma, en la Iglesia no tenemos una encarnación del Espíritu Santo, sólo su presencia. El Paráclito está presente en los miembros del Cuerpo de Cristo y nos hace avanzar hacia este cumplimiento de todo en Cristo-Cabeza, mostrándose así como el Don escatológico que obra ya en la historia.

El Soplo divino con su acción en la comunidad de los creyentes suscita la unidad y la comunión, siembra semillas de santidad, conserva la apostolicidad e impulsa a la universalidad, fortalece y da vida. La Iglesia depende radicalmente de la misión del Verbo y de la misión del Espíritu, ambos son sus *cofundadores*. El Espíritu anima a la Iglesia, con Cristo es su cofundador puesto que la va construyendo en cada momento de la historia⁷⁸. El Espíritu no viene a animar una institución totalmente determinada en sus estructuras sino que la va construyendo, pero no existe un sector libre en el que el Soplo divino sea el único agente, sino que siempre impulsa la obra de Cristo⁷⁹.

La unión esponsalicia o de alianza que existe entre el Espíritu y la comunidad eclesial es un don estable para la Iglesia. Esta alianza asegura una presencia permanentemente y efectiva del Paráclito que la asiste y la conduce, aunque no de forma automática, hacia plenitud.

76 Y. CONGAR, «Actualité de la pneumatología», (Relazione, 22 de marzo de 1982), en J. SARAVIA MARTINS (dir.), *Credo in Spiritum Sanctum. Atti del Congresso Teologico Internazionale di Pneumatologia*, vol. I, Vaticano 1983, 25-26.

77 Cf. Y. CONGAR, «L'idée thomiste de l'Église» en *Esquisses du mystère de l'Église. Nouvelle édition*, Du Cerf, París 1953, 59-91.

78 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 207-219.

79 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 212-213.

La Iglesia, en estos tiempos mesiánicos, se va construyendo con la colaboración del *Don de comunión* y de los creyentes. El Espíritu suscita carismas y ministerios para que sirvan a comunidad (cf *1Cor 12*), otorga dones diversos y complementarios a cada miembro, personaliza en cada uno algo del tesoro que Cristo nos ha conquistado, anima a cada individuo según el servicio que le toca ejercer, otorga dones secretos que edifican todo el cuerpo. El Espíritu es como el alma que anima a la comunidad de los creyentes, otorga los dones que estructuran el Cuerpo de Cristo y sostienen las piezas maestras de este edificio. El Espíritu Santo y el ministerio han sido, cada uno en su orden, dispuestos por Cristo para hacer su obra, el uno desde dentro, el otro desde fuera, de forma concorde y en una especie de concelebración⁸⁰. De este modo, el Espíritu *Consumador* es el verdadero Conductor del juego en la Iglesia, la hace una, santa, católica, apostólica, y es el motor de cumplimiento del mundo hasta la escatología⁸¹.

La Iglesia surge al tiempo del Verbo en su encarnación y del Espíritu incesantemente activo desde el interior de las personas como de las estructuras sacramentales o jurídicas⁸². Existe una tensión entre la institución y el carisma, el Jesucristo y su Espíritu, pero no puede haber oposición. La Iglesia no es una realidad *abierta* en la que todos los cambios son posibles apelando a la inspiración del Espíritu. Es verdad que el Espíritu de Pentecostés construye la Iglesia y no deja de animarla a vivir novedades. El problema radica en guardar el equilibrio al articular la función del Verbo y del Espíritu que son co-instituyentes de la misma. «Pero el Espíritu no tiene autonomía en lo sustancial respecto de la obra a la cual el Verbo, Palabra de Dios e Hijo encarnado, debe dar forma»⁸³. Dios obra, verdaderamente con sus dos manos conjuntamente.

6.2. En relación con los creyentes

La eclesiología de comunión implica una antropología del *creyente habitado*⁸⁴. El cristiano vive bajo la acción permanente del Espíritu que es el Huésped que lo vivifica y fortalece, el *Don de comunión* que llama a encuentro con el hermano y posibilita la comunicación con Dios⁸⁵. El Dios-Amor, amor comunicativo y dinámico ha creado al hombre capaz de entrar en comunión y diálogo con Él, y lo ha llamado a participar de lo que Él es soberanamente.

El papel del Espíritu consiste en hacer hijos de Dios a partir de hombres carnales, nacidos de la sangre y el deseo del hombre (cf *Jn 1,13*), hombres que tienen que nacer de nuevo de lo alto, del Espíritu por el bautismo. Su presencia en nuestra vida no nos anula, sino que nos plenifica mediante la *habitación mutua* del Espíritu en nosotros y nosotros en Él. El Soplo divino, único y omnipresente, trascendente e interior a todos, sutil y soberano, respetuoso con nuestra libertad e intimidad, impulsa con sus inspiraciones poderosamente el plan de Dios en el creyente. El Espíritu Santo es el agente que nos hace verdaderamente libres para que nos demos a los demás a través de un amor humilde y servicial, de manera que pueda testimoniar sin temor la Buena

80 Cf. CONGAR, *Jésus-Christ*, 208.

81 Cf. Y. CONGAR, «Propiedades esenciales de la Iglesia», en *Mysterium salutis*, IV, 71, 376-377.

82 Cf. CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 135.

83 CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 129.

84 Cf. CONGAR, *Esprit de l'homme, Esprit de Dieu*, 39.

85 Cf. CONGAR, «Al lector» en DE LA POTTIERIE, I.-LYONNET, S., *La vida según el Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1967, 9.

noticia⁸⁶. Es el *Prometido* que tenemos sólo en arras. Es el extremo de la comunicación de Dios mismo, Dios como gracia, Dios *en* nosotros, el *Don de la inhabitación*⁸⁷. El Espíritu Santo ha sido *enviado a nuestros corazones* (*Gál* 4,6; *Rm* 5,5). La inhabitación es una comunicación dinámica no una ocupación de nuestra sustancia por parte de Dios. La inhabitación del Espíritu nos revela que el hombre posee estructuralmente una naturaleza capaz potencialmente de infinito, no sólo de diálogo con Dios sino de que Dios pueda morar en él.

El Espíritu es fuente de vida en las personas y en la Iglesia. El hombre actual sigue teniendo hoy necesidad de Él, necesidad de plenitud. Ser cristianos, posible gracias a la presencia en nosotros del Espíritu, es una forma de realizar radicalmente nuestro deseo de ser plenamente hombres. Somos *personas habitadas* que viven en un diálogo plenificante con este Compañero que nos sobrepasa infinitamente, pero que al mismo tiempo es aquello que tenemos más íntimo. La inhabitación posibilita nuestra amistad con Dios. Si los fieles están animados por el Espíritu Santo de forma personal, no pueden ser tratados como meros *objetos* en la Iglesia, aunque sea para cuidarlos y enriquecerlos, sino que deben ser *sujetos activos* que están llamados a construir la Iglesia y a vivir en comunión con todo el Cuerpo viviente de Cristo⁸⁸.

Somos verdaderamente hijos de Dios por adopción y por gracia. Jesucristo nos ha comunicado la vida filial por su Espíritu. Estamos llamados a ser hijos adoptivos en el Hijo (cf *Ef* 1,5). En Jesús y gracias a Él, el Padre nos dice: «Tu eres mi hijo», y por una comunicación del Espíritu del Hijo se actualiza en nosotros esta filiación (*Gál* 4,6; *Rm* 8,14ss.). Dios ha derramado su amor en lo profundo de nuestro ser por el Espíritu Santo que se nos ha dado (*Rm* 5,5). El Paráclito enviado por el Padre y el Hijo se nos comunica y suscita en nosotros actos de vida filial. El Espíritu es la ley nueva del cristiano que posibilita obrar desde el amor, es el Don de libertad que nos conduce a vivir como auténticos hijos, el principio y fin de nuestra santificación⁸⁹, el Don de filiación que conduce a la comunión y la comunicación, el Don de interioridad que nos personaliza y otorga dimensiones universales, el Consumador de nuestro ser imagen y pueblo de Dios, la Fuerza-Persona que permite llegar hasta el martirio y conduce a la misión. «El Espíritu es el que inserta lo nuevo y lo inédito en la historia y en la diversidad de las culturas, pero es una novedad sacada de la plenitud dada de una vez por todas en Cristo»⁹⁰.

La bienaventurada Virgen María es un testimonio de lo que el *Don de la consumación* puede realizar en la criatura cuando ésta es dócil y está disponible y de su posibilidad de cooperar a la obra de la salvación en virtud de la acción del Espíritu Santo⁹¹. Ella es la obra perfecta y acabada, la criatura nueva llena de Espíritu Santo (cf *Lc* 1,35).

86 Cf. Y. CONGAR, «Espíritu Santo y Espíritu de libertad», en Y. CONGAR, *Sois mis testigos*, Estela, Barcelona 1962, 29.

87 Cf. Y. CONGAR, *el misterio del Templo. Economía de la presencia de Dios en su criatura, del Génesis al Apocalipsis*, Estela, Barcelona 1964, 264.

88 Cf. CONGAR, «Espíritu Santo y Espíritu de libertad», 33.

89 Cf. CONGAR, *Pentecostés*, 92.

90 CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 123.

91 Cf. Y. CONGAR, *Cristo, María y la Iglesia*, Estela, Barcelona 1964, 30-41.

6.3. En relación con la misión

La pascua-glorificación de Cristo inauguró un régimen nuevo en el modo de comunicación del Espíritu a los hombres. El Espíritu es un *don pascual*, un don propio para este tiempo en el que vivimos, tiempo de la misión, del testimonio y del *kerygma*. La riqueza que el Espíritu ha derramado en la Iglesia y en los hombres impulsa al compromiso. La Iglesia es esencialmente misionera, fue alumbrada en Pentecostés pero había ya sido concebida por Jesucristo para continuar su misión salvadora. El Espíritu es el verdadero protagonista de esta misión, el principio dinámico que después de Pentecostés empuja al Pueblo de Dios a dilatarse hasta los confines del espacio y del tiempo⁹², el *Don escatológico*, presente ya en arras, que obra sin cesar conduciendo la historia hacia el Reino, Aquel que repara Babel y reúne en la confesión de la misma fe a hombres de pueblos diversos.

Bajo el soplo del Espíritu, el señorío de Cristo sobre la Iglesia y el mundo se cumple en la historia. El Fuego divino es el *Don de la universalidad*, el Agente que vivifica, conduce e impulsa a la Iglesia hasta todos los rincones del mundo para que el evangelio sea conocido, Jesús sea aceptado como Señor, los creyentes descubran el rostro paterno de Dios y vivan amándose como hermanos.

La misión de la Iglesia se fundamenta en las misiones divinas del Verbo y del Espíritu (*Lumen gentium*, 2-4; *Ad gentes*, 2-5). Las *dos manos de Dios* cumplen conjuntamente cuanto el Padre que es amor quiere hacer en la historia de la salvación.

La Palabra se ha hecho carne (cf *Jn* 1,4) y fue proclamada de forma definitiva a toda criatura. La misión de la Iglesia y de cada creyente consiste en comunicar y vivir la Buena Noticia (cf *Lc* 4,14-20) que Jesucristo anunció con *obras y palabras* (*Dei Verbum*, 2). El Soplo divino hace que esta Palabra siga siendo anunciada hoy, con su fuerza la predicación de la Iglesia avanza. Es el *Maestro interior* que prepara para la recepción de este mensaje divino que nos llama a la conversión, nos conduce a Dios y nos une a Él. Del Espíritu es la inspiración que llevó a los hagiógrafos a redactar los textos sagrados, en sintonía con el *Divino exégeta* se han de leer para avanzar en su correcta comprensión, con la energía del *Pneuma divino* se ha de anunciar esta Buena Noticia de salvación y con su asistencia la Iglesia está encargada de proponer eficaz y fielmente la Revelación en la historia. El Espíritu de la Verdad es el *Director de orquesta* que nos impulsa a comunicar esta verdad sinfónica, nos conduce a ella y nos guarda en la fidelidad a la fe apostólica recibida.

El campo de los sacramentos y de la liturgia dependen como el de la predicación de las *dos manos de Dios*. Los sacramentos sólo pueden ser fecundos porque el Espíritu que habita en la Iglesia opera secretamente sus efectos. Una imagen de san Bernardo en relación con la eucaristía expresa bellamente esta acción conjunta de la Palabra y el Soplo en relación con la eucaristía: Cristo es el pan y vino de este banquete, pero nosotros somos comensales sólo mediante el Espíritu. El Soplo divino ha suscitado el movimiento ecuménico en las Iglesias para recobrar una unidad y una comunión que permitan la celebración común de la eucaristía.

El Espíritu trabaja en nosotros y con nosotros, y también en el mundo y en la historia. Es el *Don escatológico*, principio de la creación nueva y definitiva, que consuma la obra de Dios y

92 Cf. Y. CONGAR, «Saint-Esprit en théologie catholique», en *Vocabulaire oecumenique*. Sous la direction de Y. Congar, Du Cerf, Paris 1970, 207.

todo el proceso de divinización-santificación. Es el intermediario permanente y dinámico que actúa en cada proceso histórico para conducirlo a la plenitud absoluta que se encuentra en Cristo. Es Aquel que anuda y recoge secretamente en el mundo toda realidad que, aun remotamente, *balbucea* «Padre nuestro», y se muestra así como el *Don cósmico* de consumación.

El Espíritu Santo no sólo aparece como el *agente de la consumación del designio y de la obra de Dios*⁹³, sino que también consume la Trinidad puesto que expresa la esencia íntima de Dios: su ser amor autocomunicante, su ser perfección y culminación de todo proceso *ad intra* y *ad extra*, *una apertura de comunión*⁹⁴.

El Espíritu Consumador es Dios como sobreabundancia, Dios como efusión de amor y de gracia⁹⁵. Aquel que es el término de la comunicación divina *intra Deum*, es el principio de la comunicación *extra Deum*⁹⁶. Si la esencia de Dios es el amor y si cada una de las divinas Personas la realiza de forma plena y en modo personal, hemos de decir que el Espíritu es el Amor en Persona, el Don de Dios, Dios donándose a la criatura y al tiempo el donante del don, Aquel que consume lo que Dios *es* y que hace posible que nosotros podamos entrar en comunión con su *ser*. Podemos decir con Walter Kasper que *Dios tiene en el Espíritu Santo la posibilidad de ser él mismo enajenándose*, apareciendo como donable desde la eternidad⁹⁷, lo que explica que el Espíritu sea el Sello o la consumación de la Trinidad. El Espíritu es la fragancia o la belleza que irradia de Dios y que podemos reconocer en la obra de la creación y de la redención. El Espíritu recapitula todo en Cristo, de manera que todo es reconducido en el Espíritu por el Hijo al Padre, Fuente originaria y culmen de todo proceso. «Así, el Espíritu como plenitud de Dios es también la plenitud escatológica del mundo»⁹⁸. Esto es lo que la liturgia y los Padres no cesan de recordar: Dios obra todo mediante su Verbo en el Espíritu⁹⁹ y todo *por* Cristo, *con* Cristo y *en* Cristo es conducido al Padre *en la unidad del Espíritu Santo*.

7. LA HISTORIA DE SALVACIÓN EN LA QUE ACTÚAN CONJUNTAMENTE Y CON UNA MISIÓN ESPECÍFICA LOS DOS ENVIADOS ES EL CAMINO OBLIGADO PARA LLEGAR A LA TEOLOGÍA

Únicamente tomando en serio la Historia de Salvación podemos realizar una teología veraz, pues es el camino para acceder al Dios verdadero. «La Revelación es económica e histórica. Dios se ha hecho conocer en los actos y en las palabras por las cuales declara y realiza su intención de alianza. Se conoce algo de lo que es en sí mismo a partir de lo que hace por nosotros, pero de esta forma se conoce algo de lo que realmente él es»¹⁰⁰. Por ello, ha sido una constante a lo largo de las diferentes épocas el hecho de que los teólogos han argumentado desde la *economía*¹⁰¹ a favor de la verdad de la *teología*: «si Cristo no es en verdadero Dios ni verdadero

93 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 579.

94 CONGAR, *El Espíritu Santo*, 584.

95 Cf. W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1986, 260.

96 Cf. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 587.

97 Cf. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, 260.

98 KASPER, *El Dios de Jesucristo*, 260.

99 Cf. CONGAR, *La Parole et le Souffle*, 203.

100 Y. CONGAR, «Cristo en la economía salvífica y en nuestros tratados dogmáticos», *Concilium* 11 (1966), 23.

101 Y. Congar afirma que «Economía designa el orden histórico de lo que Dios ha realizado para nuestra salvación, la realización histórica de su designio de gracia», Cf. CONGAR, «Cristo en la economía salvífica», 5.

hombre, nosotros no estamos divinizados... Cristo *no hace* lo que hace por nosotros más que si *es* lo que es en sí mismo. Por que Cristo es Dios, su humanidad es redentora y santificadora»¹⁰².

Sólo si partimos de la historia de salvación podemos realizar una teología que profundice de modo auténtico en el misterio del amor salvador del Dios Trino. Dios es la Verdad suma y eterna pero «la historia es para el Pueblo de Dios un camino que hay que recorrer por entero, de forma que la verdad revelada exprese en plenitud sus contenidos gracias a la acción incesante del Espíritu Santo (cf *Jn* 16,13)»¹⁰³. «Solamente a partir de la economía de la salvación podemos llegar al conocimiento de Dios en sí mismo»¹⁰⁴. El Dios Trino se ha comunicado libre, gratuitamente y de modo definitivo en un acontecimiento histórico: el misterio de Jesucristo. «La economía de la salvación no perfecciona ni hace crecer a Dios, pero no lo deja «indiferente». El Hijo no abandona la humanidad que ha asumido. En su humanidad glorificada contemplamos en la esperanza lo que será nuestra suerte futura»¹⁰⁵. Pero es muy importante señalar que para Iglesia, desde sus inicios, la *teología* no ha sido algo secundario o accesorio, sino que es necesaria para garantizar la verdad de la *economía*¹⁰⁶.

Un acercamiento histórico-salvífico nos conduce al recentramiento trinitario y evita el *monismo* centrado sobre una Persona divina. Ni el *crismonismo*, ni el *pneumatocentrismo*, ni siquiera el *monarcomonismo* son expresión de la recta fe cristiana. El misterio del Dios cristiano se nos revela en un único Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo¹⁰⁷.

El Sopló divino se ha revelado en la economía como el *Don de la consumación*. No realiza una obra propia, sino la de Cristo, pero si cumple el servicio específico de acompañar, impulsar y conducir todo a la perfección y la santidad. Estamos ante un orden económico que traduce el de la Trinidad inmanente.

Cristología y pneumatología son la salud la una para la otra. Tanto la pneumatología teórica como la vivida necesitan articularse correctamente con la cristología para ser saludables. La historia de salvación nos conduce a la elaboración de una cristología pneumatológica y somete a la pneumatología a un criterio cristológico que lleva a buscar la conjunción inseparable que se da en la economía salvífica entre los actos de la Palabra encarnada y del Sopló divino¹⁰⁸. Únicamente cuando percibimos esta unidad y sinergia entre la acción de Cristo y del Espíritu Santo, su mutuo condicionamiento, estamos captando en profundidad y respetando la pneumatología y la cristología que brotan del Nuevo Testamento. Nunca el Verbo sin el Sopló, pues permanecería en la garganta y no emitiría sonido alguno que haga posible la comunicación con las personas; nunca el Sopló sin el Verbo, pues no tendría contenido y no transmitiría nada. «La unión y el condicionamiento mutuo de las dos manos de Dios son la ley constitutiva de la Iglesia y de toda la economía salutífera»¹⁰⁹.

102 CONGAR, «Cristo en la economía salvífica», 23.

103 JUAN PABLO II, «*Fides et ratio*», n° 11.

104 LADARIA, *La Trinidad, misterio de comunión*, 200.

105 LADARIA, *La Trinidad, misterio de comunión*, 238.

106 Cf. LADARIA, *La Trinidad, misterio de comunión*, 202.

107 Cf. V. GASPAR, *Cristología pneumatológica in alcuni autori postconciliari (1965-1995). Status quaestionis e prospettive*, Tesis Gregoriana, Serie Teología 71, Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma 2000, 393.

108 Y. CONGAR, «Propos sur oecumenisme et Renouveau par l'Ésprit», *Tychique* 13-14 (1984) 84-85.

109 CONGAR, «Actualité de la pneumatología», 25.

Siempre hablamos de forma insuficiente del Espíritu¹¹⁰. Es más importante vivir *en* el Espíritu que hablar de Él. El Soplo divino tiene la iniciativa, se derrama libre y gratuitamente, está ya aquí presente, nos hace desear y orar para poder visitarnos de nuevo y ser nuestro huésped. El Espíritu es la fuerza que todo lo consume si la libertad del hombre es dócil a sus inspiraciones.

110 Cf. CONGAR, *Esprit de l'homme*, 88-90.

